

## Tres estampas y una semblanza alcantarinas

Por ANGEL DOTOR

### EL PUENTE IMPAR.



ESTE monumento nacional, maravilla de la arquitectura romana, al igual que el Acueducto de Segovia y algunas otras edificaciones de su época famosísimas en todo el mundo, ha sido objeto durante los siglos de estudios en los diversos aspectos históricos y descriptivos, por lo que su bibliografía es copiosísima. Se halla situado a 400 metros al Noroeste de la villa de Alcántara, unos cinco kilómetros aguas abajo de la confluencia del río Alagón con «el padre Tajo», en la que fue vía romana que arrancando de la antigua *Norba* (Cáceres), se dirigía a Beja. Obra atrevida del arquitecto romano Cayo Lucio Lácer, «insigne en el divino arte de la Arquitectura», en honor del gran Trajano, sorprende su gran altura, salvando la distancia con sólo seis arcos, desiguales, de medio punto, volteando los dos mayores en medio y dando progresivamente menor diámetro a los siguientes, con lo que logróse contrarrestar los empujes de la parte central, cuyas cabeceras apoyan en los vivos peñascos de las orillas. Su fábrica es de sillería granítica, perfectamente labrada, sentada en seco, y además de los seis arcos ya mencionados, consta de cinco pilares y los malecones de refuerzo, más un arco triunfal que se abre en medio del puente. Sus dimensiones son las siguientes: 194 metros de longitud; 6,70 metros (más 1,30 que suma la de los antepechos) de anchura, y 71 de alto (13 metros desde el fondo a la superficie del agua; desde ésta a la clave del arco principal, 40; desde el comienzo de dicha clave al piso, 4, y, finalmente, 14 del arco del triunfo). El arco mayor tiene 28,06 metros de luz. Los arcos, de medio punto según ya se dijo, ofrecen doble dovelaje. Tuvo otrora varias inscripciones romanas, de las que se conservan dos muy expresivas y de alto valor epigráfico. Una de ellas se refiere a los once municipios de la Lusitania a costa de los cuales fue construído el grandioso puente. En otro se lee este texto, traducido al

castellano: «Al Emperador y César, hijo del Divino Nerva, Trajano, Augusto, Germánico, Dácico, Pontífice máximo, en posesión de la Tribunicia Potestad por octava vez, Emperador por la Quinta, Cónsul por la Quinta y Padre por la Patria». Al lado izquierdo, como parte complementaria del puente, existe un pequeño templo romano, de planta rectangular con escalinata, dedicado a César, el cual se halla bastante bien conservado.

Durante los siglos de dominación visigoda y musulmana se mantuvo intacto el majestuoso puente, al que los árabes dieron el nombre de *Cántara-As-saif*, que significa *punto de la espada* (por la que se encontró sobre el arco triunfal, tal vez constitutiva de un trofeo); pero a partir de la reconquista alcantarina comienzan las vicisitudes sufridas por el gran monumento, que representan una historia harto triste, como señala el insigne arqueólogo Mérida, denotadora del pobre papel que, en ocasiones, desempeñan las grandes creaciones del ingenio y del espíritu genitor de la belleza ante las contingencias humanas derivadas de la incomprensión y el afán de lucha de los hombres. En 1218 ya fue cortado el primer arco, no se sabe si por los caballeros de Calatrava, para tomar la plaza a los sarracenos, o por éstos con el fin de impedir su pérdida en aquellas últimas jornadas de dominio de la misma. La segunda mutilación, aunque pequeña, sufrida por el puente fue en 1475, durante la lucha sucesoria entre Castilla y Portugal, después de la cual, al ser reparado, quedó un tanto alterada su prístina fisonomía. En la guerra de Sucesión fue nuevamente cortado el arco primero por los portugueses, efectuándose su reparación en tiempos de Carlos III. Después, en la de la Independencia, lo fue también, pues en Junio de 1809 dispuso su voladura el mariscal Víctor, y, reparado con madera, decidióse quemarla en la contienda carlista para impedir que el general Gómez, que no había podido atravesar el Tajo por el puente del Arzobispo ni por el de Almaraz, consiguiera hacerlo por el de Alcántara, en su ruta de regreso hacia el Norte, tras la famosa expedición que había efectuado con su columna a todo lo largo y ancho de la península.

Muchos han sido las prosas y versos apologéticos con que fueron decantadas la imponente grandeza y la peripecia histórica del puente. En 1949 se celebró en Cáceres la II Asamblea de Estudios Extremeños, acontecimiento que movió a catorce de los congresistas asistentes a dedicar al monumento un bello soneto que tiene la particularidad de ser cada uno de sus versos debido al respectivo poeta, por este orden: Terrón Albarrán, Delgado Fernández, Delgado Valhón-

do, Rodríguez Perera, Canal Rosado, López Martínez, Rodríguez Moñino, Zoido, Bravo y Bravo, Romero Mendoza, Vega, Pacheco, Muñoz de San Pedro y Cossío (J. M.). He aquí la bella y original composición:

¡Qué rabia de granito en oleaje!  
¡Qué murallón dentado sobre el río!  
¡Se incendia soledad de escalofrío!  
¡Asombro del abismo y del paisaje!

¡Qué brida sujetando el abordaje  
para domar el ímpetu bravío!  
¡Oh, quilla penetrante de navío,  
rompiendo en blanco fleco el espumaje!

Todo en ti se desdibuja y mengua.  
Quiero cantarte con sublime lengua  
tu eternidad titánica silente.

Eres pincel de piedra que en la mente  
haces vivir ensueños de horizonte  
bajo los arcos, graves, de la frente.

### LA VILLA INSIGNE.

El hecho de haber sido construido el famoso puente en la época romana, dio pie a numerosos autores para creer existió allí una población habitada por las legiones de Lacio, lo cual quedó posteriormente esclarecido, probándose el origen sarraceno de la villa. De la importancia que llegó a tener en el siglo XII, como consecuencia de su gran sistema fortificado tendente a defender aquel paso del río, de tanta significación en el sistema viario de la región, así como por otras razones, entre las que se cuentan la amplitud de sus tierras de cultivo, da fe el testimonio del famoso escritor y viajero ceutí Abu Abdalla Mohamed, llamado *Edrisi*, quien diputó a Alcántara como «maravilla del mundo».

Poco después, en 1143, el monarca castellano Alfonso VII *el Emperador* la rescató, aunque por poco tiempo, pues el caudillo alarbe Alha-el Gami se apoderó de ella en 1164. Fernando II de León la tomó en 1167, donándola a don Armengol, conde de Urgel, que tanta ayuda le había prestado en la empresa. Vuelta a perderse, poco después, por el empuje almohade, fue sitiada en la época de Alfonso IX,

monarca que la reconquistó tras once meses de asedio, dándola a la Orden de Calatrava, su también gran cooperadora, quien la cedió a la Orden de San Julián del Pereiro, según al comienzo dijimos.

A partir de entonces la plaza ejerció gran actuación bélica, tanto en las guerras con Portugal, dada su situación fronteriza, como a causa de las disensiones y cismas de la propia Orden. En 1295 se apoderaron de ella los enemigos del joven monarca Alfonso IV el *Emplazado*, cuyos leales consiguieron recuperarla. En la primera mitad del siglo XIV abundaron en Alcántara los acaecimientos bélicos, tales que la toma de la plaza, por sorpresa, realizada por el Maestre del Temple, quien había marchado a Extremadura para entregar al monarca las posesiones de la disuelta Orden y recibió allí inmerecida hospitalidad, teniendo que ser rendido por la fuerza, y los disturbios emanados del mal carácter de los Maestres Ruy Vázquez y Ruy Pérez Maldonado.

Tras la batalla de Nájera (1367), estuvo allí Pedro el *Cruel*, que marchó después a combatir a su hermano bastardo Enrique de Trastámara, siendo de hacer notar que entonces había dos Maestres en la Orden, uno del bando del monarca legítimo y otro del rey usurpador. En el siglo siguiente la plaza fue también escenario de las banderías de la Orden, promovidas por el Clavero Monroy, quien, allí encarcelado, logró evadirse merced a su hercúlea fuerza, rompiendo cadenas y quebrantando puertas, tras lo cual se riñó en las inmediaciones una batalla entre los dos bandos, que fue ganada por el de Monroy, logrando así, pese a la complicación surgida al intervenir en su contra la ambiciosa Duquesa de Arévalo, cuyas mesnadas le combatieron, rendir la fortaleza y ser designado Maestre. En 1479 se reunieron allí Isabel la *Católica* y su tía doña Beatriz de Portugal para establecer la concordia entre ambos reinos. Con la asunción por la Corona de los maestrazgos de las Ordenes, Alcántara perdió importancia. En 1505 se hallaba muy ruinosa la casa conventual, por lo que don Fernando mandó edificar otra nueva, que no fue terminada hasta el reinado de Felipe II.

Durante la guerra de la Independencia portuguesa fue muy combatida Alcántara por las tropas lusitanas, sitiándola en 1648 el general don Sancho Manoel, que hubo de retirarse ante la llegada del Barón de Mollingen y el Corregidor de Cáceres don Rodrigo Flores al frente de importantes refuerzos. En la guerra de Sucesión estuvo en esta villa Felipe V (1703), declarando desde ella la guerra al monarca lusitano por la ayuda que prestaba al Archiduque de Austria. En 1706 el Marqués de las Minas consiguió rendirla, aprisionando a

5.000 hombres, con el correspondiente botín; pero fue rescatada en 15 de Diciembre del mismo año. El anterior al comienzo de la guerra de la Independencia llegó a Alcántara el gran ejército galo que, al mando del mariscal Junot, marchaba a invadir Portugal, uniéndosele allí las tropas españolas que habían de colaborar en la empresa, de acuerdo con la alianza establecida; pero después, ya en franca lucha contra el invasor, el 19 de Abril de 1809 fue ocupada por el general francés Lapiche, quien cometió en ella muchos desmanes, los cuales culminaron en Junio siguiente con la voladura del puente a que ya nos referimos. Asimismo mencionamos ya la temida llegada a la plaza del general tradicionalista Gómez, ante cuya acometida a lugares cercanos obedeció la llegada de infinidad de fugitivos, entre ellos autoridades y personal de organismos oficiales portando dinero, documentos, etc., que decidieron hacerle impracticable su marcha hacia tierras leonesas incendiando el maderamen con que algunos lustros antes se había reparado provisionalmente el arco del puente destruido por los franceses.

El castillo y las murallas de Alcántara, de los que hablan las crónicas desde el siglo XIII, son de origen árabe, y, pese a su importancia pretérita, subsisten sólo en mínima parte, por lo que no cabe discernir en sus restos cuál fue la parte reconstruida después de la reconquista de la plaza. El castillo, en el que, además de la fortaleza propiamente dicha, estuvo la iglesia y el convento de la Orden antes de construir el de San Benito, dentro de la villa, se halla situado al lado noroccidental del caserío, en una eminencia del terreno. La torre era de planta cuadrada, y tanto ésta como las dos cortinas, en parte subsistentes, del interior del recinto, al lado meridional —restos denotadores de las grandes dimensiones que las mismas tuvieron—, son de mampostería de pizarra con mortero de arena y cal. Se cree que esta parte fue hecha en la primera mitad del siglo XV, o sea cuando el Maestre de la Orden de Alcántara, don Gutierre de Sotomayor, fortificó parte de la villa. El recinto amurallado se extendía en longitud de un kilómetro, pero no cabe precisarlo con exactitud, ya que se ha perdido la fisonomía del conjunto a causa de la considerable retirada de materiales para ser empleados en obras modernas. Se sabe que en las murallas abríanse tres puertas, la más antigua y famosa de las cuales era la llamada de *Xartin*, de origen sarraceno, con esta inscripción: *En el nombre de Alhá, el clemente, el misericordioso. Esta obra mandó hacer Hacen-Amed...* En las referencias documentales a que antes hemos hecho mención, figura que el Maestre Gutierre de Sotomayor mandó edificar de sillería la

llamada *Torre blanca*, la puerta de entrada principal a la villa y la ampliación de la plaza con parte de lo que ocupaba la *Torre de Matcabras*. La puerta mencionada debe de ser la llamada *de la Piedad* (por la imagen venerada en una pequeña capilla existente sobre el arco), reconstruida en 1704, la cual se encuentra en el frente noroccidental del pueblo, o sea, al lado del castillo, entrada principal yendo a él desde el puente.

Considerable es el restante patrimonio monumental alcantarino, integrado por importantes edificaciones, que no cabe describir aquí, dado el carácter sumario de este trabajo. Así, el monasterio o casa conventual de San Benito, monumento nacional, cuya edificación duró bastante tiempo, quedando terminada en 1576, donde se albergaron los ínclitos freires o caballeros de la Orden de Alcántara, considerado como verdadero relicario artístico e histórico; los templos de Santa María de Almoçobar y de San Pedro de Alcántara, el primero con valiosas tablas pintadas por Luis de Morales, *el Divino*, y el segundo edificado sobre el solar en que estuvo la casa natalicia del glorioso asceta; el convento de las Comendadoras, también con valiosos recuerdos, y, finalmente, varias casonas de familias hidalgas evocadoras de pretéritas grandezas, tales que las llamadas de los Ovandos, del Roco y de Torreorgaz.

### LA GRAN ENCOMIENDA.

Esclarecido que la población de origen ibérico o romano en la que algunos autores quisieron ver el origen de Valencia de Alcántara fue la situada en el cerro denominado *Villa Vieja*, varios kilómetros al Sur, queda ya fuera de dudas que aquélla fue fundada por los árabes, probablemente en el siglo XII. La reconquistó el Maestre de Alcántara don García Sánchez en 1220, formando con ella una de las principales Encomiendas de la Orden. No tardó el ser escenario de las luchas intestinas de la misma, pues cuando el Maestre don Ruy Vázquez fue depuesto y sustituido por don Suero Pérez, en 1318, retiróse aquél a Valencia de Alcántara haciéndose fuerte en su castillo, donde su sucesor lo sitió, logrando el cercado escapar de la fortaleza, amparado por la oscuridad del conticinio. En 1338 otro Maestre, don Gonzalo Martínez de Oviedo, que había sido muy favorecido por Alfonso XI, cayó en desgracia ante el monarca por achacársele infidelidades. tal vez infundadamente, a las que daban pábulo la regia amante, doña Leonor de Guzmán, y el intrigante palaciego don Alonso Fernández Coronel. Recluido el Maestre en la fortaleza valentina, fue cercado por las mesnadas reales, a las que hubiera resis-

tido con éxito si uno de los caballeros que defendían las cinco torres no le hiciera traición, dando acceso a las tropas del monarca, con lo que el rebelde hubo de rendirse, siendo degollado.

En 1350 el monarca lusitano, a la sazón en guerra con el de Castilla, sitió esta plaza, consiguiendo tomarla, y aunque acudió el Maestre de Alcántara con sus huestes para recuperarla, no lo consiguió, permaneciendo la misma en poder portugués hasta que al año siguiente, mediante negociaciones, fue devuelta. Tras la muerte de Pedro I *el Cruel*, Valencia - al igual que Alcántara -, se negó a reconocer a Enrique II, pasándose al bando portugués; pero dominada por el monarca castellano la cabeza de la Orden, aquélla hubo de someterse al mismo. Cuando, en 1394, se reanudó la querrela con el vecino Reino, el Maestre de Alcántara, don Fernando Rodríguez de Villalobos, se adentró por el territorio lusitano, pero tuvo que regresar, perseguido por las tropas enemigas, encerrándose en Valencia, donde aquéllas le cercaron durante seis días, tras lo que se retiraron. En 1408 atravesó la frontera un cuerpo de ejército portugués que llegó hasta cerca de las defensas de la villa, donde fue derrotado por los habitantes de la misma, al mando del capitán don García Alvarez de Villagutiérrez. En 1432 intentaron los Infantes de Aragón apoderarse de esta plaza; pero se opuso a ello el Comendador Mayor, don Gutierre de Sotomayor, quien consiguió prender a don Pedro, obligando a los sediciosos a retirarse, hecho por el que el monarca concedió a la villa grandes mercedes. Durante la pugna entre el Maestre Solís y el Clavero Monroy, permaneció fiel al primero. En Octubre de 1497 se celebró en el castillo de esta villa el matrimonio de don Manuel de Portugal con la infanta doña Isabel, hija de los Reyes Católicos.

Todavía sigue siendo pródiga la situación histórica de Valencia de Alcántara. Durante la llamada guerra de la Independencia portuguesa sufrió las consecuencias de su situación avanzada. En 1 de Diciembre de 1640 dieron los lusitanos su primera embestida, resultando rechazados por las compañías que organizó el vecindario, tras lo que los sitiadores causaron grandes daños en el campo limitrofe. El 26 de Agosto del año siguiente atacaron de nuevo, sin que pudieran tampoco apoderarse de la plaza. Seis años después, en 1646, la sitiaron con 4.000 infantes y 1.500 jinetes, costándoles el intento más de 500 bajas. El 28 de Octubre de 1648 realizaron un nuevo esfuerzo para su conquista, con mayores contingentes armados, y aunque lograron abrir brecha en la muralla, los heroicos defensores les impidieron el paso. En 1651 cayeron otra vez sobre Valencia, con 4.000

hombres, obteniendo el mismo resultado negativo. El intento siguiente fue en 1687, acumulando allí el ejército retirado de Olivenza, al mando del Conde de San Lorenzo (12.000 hombres y 9 piezas de artillería), que causó grandes destrozos en la población, si bien tampoco pudo apoderarse de ella, por lo que a los nueve días se retiró. El último y más formidable ataque de aquella guerra fue realizado en el mes de Junio de 1664, en el que se presentó ante la plaza —guarnecida por dos tercios de infantería y el paisanaje, al mando del Gobernador, don Juan de Ayala y Mejía— el ejército mandado por el Marqués de Marialva, compuesto de 17.000 hombres y 12 cañones. Tras tres jornadas de incesante cañoneo, los portugueses consiguieron abrir una gran brecha en la muralla, que las mujeres y los muchachos tapaban denodadamente con sacos de arena y hasta con colchones y baúles, mientras la guarnición y todos los hombres útiles contestaban con fusiles y arcabuces al fuego de los sitiadores. Tan grande era la desproporción de fuerzas, que los sitiados no pudieron continuar la resistencia, por lo que aceptaron una rendición en extremo honrosa, según reconocieron los propios enemigos. La plaza tornó a la soberanía española por virtud del tratado de paz de 13 de Febrero de 1668.

En 1706 volvió a estar Valencia de Alcántara bajo el dominio lusitano, con motivo de la guerra de Sucesión. Contaba una guarnición de sólo 400 hombres cuando fue cercada por 3.000 soldados portugueses al mando del Conde de las Galicias, que no consiguieron entrar en ella sino tras ocho días de esforzados ataques, el 8 de Mayo. En 1708 las tropas borbónicas intentaron rescatarla, sin conseguirlo, no restituyéndose la villa al dominio español hasta el 26 de Febrero de 1715. Durante aquel período de nueve años fueron demolidas las fortificaciones de la plaza y hasta varios templos y numerosas casas por orden del general portugués Marqués de la Frontera. Aún sería Valencia tomada otra vez, el 27 de Agosto de 1762, en que la atacó el ejército anglo-portugués con motivo de la guerra que se originó por el llamado *Pacto de familia*. Durante la de la Independencia fue atacada, el 16 de Mayo de 1809, por una división francesa de 6.000 hombres, que hubo de retirarse. Al año siguiente la ocupó el invasor enemigo. En 1823 la asaltaron las tropas liberales del comandante Cano. Y, por último, al iniciarse la primera guerra dinástica ochocentista sirvió de cuartel al general Rodil, que tenía la misión de observar los movimientos del pretendiente, don Carlos de Borbón, radicado en Portugal.

Las fortificaciones de Valencia de Alcántara fueron muy impor-



ALBUM EXTREMEÑO. — Alcántara: Galería Oriental de la Iglesia de San Benito. (Foto Javier).

tantes, ya que dada la situación de la plaza, tan cercana a la frontera, y el hecho de haber sustituido una de las más importantes Encomiendas de la Orden de Alcántara, ésta cuidó de dotarlas de adecuadas defensas. Pero tras tan continuada peripecia bélica secular apenas si quedan restos del que fue su recinto murado, a los cuales se adosaron no pocas casas que los ocultan, y dos puertas llamadas de *Alcántara* y de las *Huertas*. En cuanto al castillo, fue reedificado para servir de cuartel, pero sin cuidar de que conservara su característica fisonomía, por lo que sólo perdura un trozo de sillería de paramentos lisos que se cree corresponde a una torre rectangular, tal vez la del homenaje. La arquitectura religiosa está representada por dos templos. Uno de ellos, la parroquia de la Encarnación, originalmente ojival, conserva de este estilo su imafrente y, en el interior, algunos enterramientos; todo lo demás fue reconstruido en la época renacentista. El otro templo, también parroquial, es Nuestra Señora de Roque-Amador, situado junto a lo que fue castillo, obra de finales del siglo XVI o comienzos del XVII, con torre herreriana y en sus naves columnas toscanas y bóvedas de crucería.

#### EL GLORIOSO ASCETA.

Va para cuatro años que cumpliéronse cuatro siglos del fallecimiento de un español de talla excepcional cuyo recuerdo aunque fue honrado con importantes actos oficiales, no trascendió en la forma debida ni viene suscitando resonancia condigna al singular significado que encarna su figura en el mundo del espíritu. Nos referimos a San Pedro de Alcántara, sin duda nuestro más grande asceta y taumaturgo, astro refulgente del firmamento hispano del Siglo de Oro, considerado, con razón, como varón parigual en santidad a su maestro San Francisco de Asís. Como tan de lamentar es que haya hoy muchos connacionales que ignoren lo que representó su existencia en el pasado secular o no conozcan bien la relevancia de su vida y de su obra, hemos querido evocarlas aquí, creyendo oportuna la ocasión para ello tratándose de temas varios relacionados con la Orden en cuya cuna nació.

Ardido por el fuego del más puro ideal evangélico, deseoso de restaurar la esencia doctrinal del *Poverello* de Asís, San Pedro de Alcántara llevó una vida ejemplar de austeridad, sacrificio y penitencia, fundó conventos, reformó la Orden Franciscana, viajó incansablemente predicando con su verbo de increíble fuerza suasoria y escribió libros admirables, en todo lo cual reflejaba el temple de su voluntad indomable y el don de gracia con que el Altísimo le había

iluminado para el apasionado ejercicio de amor a El y a sus semejantes. Al zahondar en el conocimiento de su vida no se puede sino advertir que superó con suma tal de arrestos a los célebres padres del yermo de la arcaica Tebaida y hasta a los reformadores y adalides que santificaron las rutas de la Fe.

La histórica Alcántara estaba predestinada a ser la cuna de nuestro Santo, donde abrió los ojos a la luz el año 1499. Hijo único del matrimonio formado por el noble bachiller Alonso Garabito y su esposa María Villela de Sanabria, Pedro aprendió las primeras letras en su pueblo natal y luego cursó estudios de Jurisprudencia en Salamanca; pero no tardó en sentir la llamada de la vocación religiosa, por lo que a los dieciséis años ingresó en el cenobio franciscano de los Majarretes, próximo a Valencia de Alcántara, casi en el límite fronterizo con Portugal. De cuáles fueron sus dotes de sabiduría prudente con don y valor de recto consejo, santidad sencilla y humilde y ejercicio de la más pura penitencia franciscana da fe el hecho de que en 1519, cuando todavía no era sacerdote, designárasele Superior del convento de los Angeles de Robledillo, cargo que, aunque contrariando su voluntad, aceptó al considerar que le era ofrecido por Dios como un medio de ejercitar la obediencia y la caridad. Dos años después encomendósele la fundación del cenobio de San Gabriel, en Badajoz, a expensas del rico hidalgo Hernán Gómez, quien luego dejó sus bienes para que Fray Luis de Granada levantara el convento de Santo Domingo.

Su ordenación sacerdotal tuvo lugar en 1524, siendo entonces cuando vióse unido con la plenitud de la gracia. Advirtiéndolo así, sus superiores le designaron, sucesivamente, guardián de varios conventos, definidor de la Orden y —en el Capítulo de Alburquerque (1528)— ministro provincial, cargo que desempeñó durante un trienio y en el ejercicio del cual pudo multiplicar sus ejemplos, reformar los estatutos de la Provincia y fundar varios cenobios. Dos veces más fue definidor, y en 1552 se le votó para custodio, con el fin de que asistiera, en representación de su Provincia descalza, al Capítulo General de Salamanca.

Caso ejemplar, en el que se conjugaban la oración y la acción, ésta iluminada por aquélla, Fray Pedro de Alcántara efectuó numerosas correrías por casi toda España, a pie o sobre un jumentillo, proclamando la paz y el bien, como había hecho el santo de Asís. Fue por aquella época cuando realizó diversos prodigios, entre ellos atravesar a pie enjuto la corriente de los ríos, según refiere el Padre Rivadeneyra. Llegó a grado tal su humildad que aun ejerciendo sus

cargos de superior dábase a los trabajos más rudos y sumisos, como eran los de barrer los claustros y fregar el refectorio. Habitualmente pasaba días enteros sin tomar bocado, y cuando comía hacía lo de rodillas. Durante cuarenta años sólo durmió hora y media diaria, y ni siquiera en yacija, sino sentado. En la edificación de los cenobios ayudaba como el mejor peón de albañil. Más pobre que un mendigo, vestía una sola túnica de saco, remendada por él mismo; lavaba su ropa, y como no tenía otra de repuesto se la ponía antes de secarse. Toda esta penitencia, verdaderamente excepcional por lo intensa y duradera, aparece testificada por Santa Teresa —en cierto modo su discípula y confidente—, según puede verse en uno de los capítulos de su autobiografía, pleno de pormenores emocionantes acerca de la existencia que llevaba el santo, quien llegó a grado tal de depauperación somática «que no parecía sino hecho de raíces de árboles».

Tres son los cenobios que hicieron célebres por haber constituido escenarios de la heroica santidad del franciscano: San Onofre de la Lapa, El Palancar y San Andrés de Arenas o del Monte. El primero, próximo a la señorial villa pacense de Zafra, a la sazón cabecera del rico ducado de Feria, tuvo como guardián a Fray Pedro en el trienio 1532-1535, y allí escribió su universalmente famoso *Tratado de oración y meditación*, a ruegos de su devoto bienhechor don Rodrigo de Chaves. El segundo, o sea El Palancar, junto al Pedroso, en la parte septentrional de la provincia de Cáceres, fundólo San Pedro en 1557, tras su estancia en Portugal, donde, por encargo del monarca de aquel país, hizo reformas en los conventos franciscanos. Este cenobio constituyó la casa matriz de su reforma, efectuada tras la autorización concedida por el Pontífice Paulo IV con ocasión de haber peregrinado Fray Pedro a Roma. En una pequeña parcela de terreno cedida por su amigo Chaves, anteriormente nombrado, levantó un minúsculo eremitorio de 32 pies de largo y 28 de ancho, con 13 celdas, refectorio, capilla, enfermería y demás dependencias necesarias. Su reducidísima celda sirvióle de cobijo durante varios años, reclinado sobre un tosco madero para dormir hora y media diaria, tiempo que, como ya dijimos, era el que el impar asceta concedía al descanso. El otro cenobio, San Andrés de Arenas o del Monte, se halla situado a tres kilómetros de la abulense Arenas de San Pedro, población que adoptó al santo como Patrón, en un delicioso paraje circuido por siempre verdes pinares. Cuando lo recibió San Pedro, ocupado a la sazón en la reforma franciscana que moveríale a crear la provincia seráfica de San José, era un edificio de reducidas proporciones, al que andando el tiempo sería llevado el gran peni-

otente, desde Oropesa, falleciendo allí un mes después, el 18 de Octubre de 1562, tras lo cual fue enterrado. El actual edificio, de estilo neoclásico, experimentó análoga ampliación que la llevada a cabo en El Palancar, en los siglos XVII y XVIII. En su capilla real, levantada en 1704 por Ventura Rodríguez, existe una urna suntuosa que guarda las cenizas del glorioso asceta, maestro en tantas cosas, entre ellas la comprensión de los hombres.

La ejemplaridad de la figura del santo extremeño, en quien culminó la característica del ascetismo, tan genuinamente hispano, cuyo punto de arranque cabría fijar en el senequismo del comienzo de nuestra Era, se completa con el aspecto del pensamiento y la expresión, ya que hay que considerarle como uno de nuestros primeros escritores ascéticos y místicos. Fue autor, además del ya mencionado *Tratado de oración y meditación* (traducido al inglés, en varias ediciones), de estos otros libros, también muy celebrados, dada la claridad expositiva que en ellos campea y su estilo directo y expresivo, de alto valor didáctico: *Breve introducción para los que comienzan a servir a Dios*, *Tres cosas que debe hacer el que desea salvarse*, *Oración devotísima* y *Petición especial de amor a Dios*, así como de las *Constituciones* de la Orden y *Cartas*, principalmente las dirigidas a Santa Teresa, que le trató familiarmente, al igual que Fray Luis de Granada, Juan de Avila, San Francisco de Borja y San Juan de Ribera.

Beatificado por Gregorio XV en 1622 y canonizado por Clemente IX en 1669, San Pedro de Alcántara es merecedor de cuanto se haga por fomentar el conocimiento de su vida y la devoción a su obra, ambas tan ejemplares, reflejo de la amalgama impar formada por idealismo hialino y férrea voluntad de amor. Antes de la celebración del cuarto centenario de su muerte, la Diputación de Cáceres restauró el cenobio de El Palancar, restituyéndole, en lo posible, su primitiva fisonomía. En la esquina de uno de los principales templos de dicha ciudad ha sido colocada una magnífica estatua del santo, esculpida por el gran artista Pérez Comendador. También Arenas de San Pedro, tras el Año Jubilar, erigió otro monumento conmemorativo. Y Juan XXIII, el Papa de imperecedero recuerdo, publicó una Bula declarando a San Pedro de Alcántara Patrón de Extremadura, título que el llamado «Portento de Penitencia» compartirá así con la Virgen de Guadalupe. Empero, deben ser editadas sus obras, prácticamente inasequibles para el lector de hoy, y popularizar el conocimiento de su vida y su labor espiritual imprescriptible, mediante un extenso estudio acerca de las mismas.

## Desesperación

### I

La angosta puerta franqueó de súbito  
¡oh aparición extraña!  
y de la noche augusta en el silencio,  
con limpios sonos de cristal y plata:

—Soy Erato —me dijo—  
de mirto coronada,  
en la mano la cítara sonora,  
prendo mi voz en alas  
del viento leve y de fragancias lleno,  
y de la cumbre enhiesta a la hondonada,  
en peregrino verso melodioso,  
labrado cofrecillo de las almas,  
cantando voy mis íntimos afanes,  
los placeres, las lágrimas,  
el bien y la belleza,  
que es cual partir en dos una esmeralda;  
la vibración del éter,  
el temblor de la luz sobre las aguas  
o el dulce centelleo de los astros  
en la noche callada...

Suspiro como céfiro entre flores,  
quemo como la llama  
y con perlas y nácares,  
dorados techos y columnas de ágata,